



## LA BODA DE JUAN PICHOTE

### CON SU ESPOSA MOÑO AL TROTE

Y LO QUE LE SUCEDIÓ EN EL PRIMER PARTO QUE TUVO



#### CHISTE DIVERTIDO

Si me escuchan atentos  
voy á explicarles  
un chiste muy gracioso  
para alegrarles.

—  
En una gran boda,  
y esto es muy cierto,  
salieron nueve cojos  
y veitiún tuertos.

—  
Iban acompañando  
muy arregladas,

vestidas con calzones  
nueve borrachas.

—  
Era la cocinera  
doña Cotorra,  
que llevaba unos pelos  
como una zorra.

—  
Repartiendo los dulces  
salió un jiboso,  
que llevaba en la jiba  
la fuente del Coso.



Tan grande era la jiba  
que, aunque derecho,  
de un jibazo á la novia  
la cascó un pecho.

Cuatro pucheros viejos  
y dos fiambreras,  
bailaban en la boda  
las habaneras.

Mucho vestido blanco  
mucha vasquiña,  
y los piojos bailaban  
la marusiña.

Tocaron en el baile  
flautas, violones,  
catorce zapateros  
con los porrones.

El novio por la noche  
fué tan zopenco,  
que hizo llevar á todos  
el cabezuelo.

El novio la petaca  
con mucho agrado  
le dió á la novia y dijo:  
—Echa un cigarro.

La novia le contesta:  
—De Monteagudo,  
de papel no lo gasto  
que fumo puro.

Y cuánto que me gusta,  
válgame el cielo,  
el día que no fumo  
me desconsuelo,

La novia al poco tiempo  
ya se affigia,  
y ansias por la mañana  
ella tenia.

Dijo el médico que  
un buen hartazo,  
que á menudo la dieran  
buen jeringazo.

Dándola lavativas  
soltó tres p...  
que mató á la comadre  
y á dos horneros.

La duró el embarazo  
catorce meses,  
y por fin parió un chico  
cascando nueces.

Asistieron al parto  
Pedro Pichote,  
don Andres Culo Roto  
con Moño al trote.

De las enaguas de ella  
al niño le hizo  
una gorra con flecos  
para el bautizo.

A la iglesia acudieron  
nueve muchachos,  
á bautizar al niño  
todos borrachos.

Entraron seis peladas  
y siete cojos,  
un sordo, nueve tuertos  
y diez jibosos.



Viendo esta gente el cura,  
dejó el hisopo,  
y escapó de la iglesia  
á buscar otro.

Tanto se asustó el cura,  
que sus sobrinas  
dicen que se han marchado  
á Filipinas.

A su casa volvieron  
al pobre niño,  
á mudarle pañales  
con gran cariño.

Le pusieron un traje  
muy arreglado,  
con un plumero verde  
y otro encarnado.

Su abuela le decía  
con arte y maña:  
—Tú eres el más hermoso  
que hay en España.

Pareces á tu padre  
todo en lo fino,  
lo mismo que parece  
la leche al vino.

Le gastó en los fajeros,  
cual D. Quijote,  
al pobrecito novio  
todo su dote.

Doce varas de lienzo  
gastó de pronto,  
para hacer un culero  
y aun salió corto.

De la capa del novio  
hizo pañales,  
y un gorro para el niño  
con cuatro ojales.

Le dejó al pobre novio  
con gran sonrisa,  
en el parto primero  
ya sin camisa.

Solo para las presas  
gastó lo menos,  
veintinueve gallinas  
y seis carneros.

Y el novio la decía  
muy afigido:  
—Todo lo de mi casa  
lo has concluido.

Me has vendido la blusa,  
manta y calzones,  
no vivo más contigo;  
y á estas razones

le dió un palo su suegra  
con tanto acierto,  
que si no es por la ceja  
le deja tuerto.

A la novia le dieron  
dos malas ganas,  
y al gato que tenía  
le entró tercianas.

La madre con la hija  
estando á solas,  
tenían á menudo  
sus merendolas.



Comían buenas magras,  
rico escabeche,  
y también les gustaba  
café con leche.

—  
Al yerno le mandaban  
con un pimiento  
á trabajar al campo  
siempre contento.

—  
Y al yerno por la noche  
le regañaba,  
le hacía un cariñito  
y le engañaba.

—  
Le decía mañosa:  
—Entre estas cestas  
te guardo un gran puchero  
de farinetas.

—  
Estoy de noche y día  
hilando estopa,  
porque pienso muy pronto  
comprarte ropa.

—  
Ciento veinte madejas  
tengo ya hilado,  
así que está mi cuerpo  
ya disipado.

—  
De este modo al marido  
esto decía,  
y el pobre Juan Pelayo  
se lo creía.

—  
Cuando este se iba al campo á vender los romances,  
de madrugada,

un albañil maneebo  
la festejaba.

—  
El albañil entraba  
siempre corriendo,  
y este joven la hacía  
algún remiendo.

—  
Un día su marido  
junto á la cama,  
se encontró la picoleta,  
paleta y llana.

—  
Voy á mirar la casa  
dijo el marido,  
que al albañil sin duda  
le has escondido.

—  
Su mujer le contesta:  
—Calla, tronera,  
es que viene á taparme  
las ratoneras.

—  
Remiendos me tiene hechos  
más de cincuenta,  
y ayer al medio día  
le di la cuenta.

—  
Aquí concluye el chiste  
tan divertido,  
si alguna falta tiene  
perdón os pido.

—  
Mañana por las plazas  
saldré unos ratos,

—  
tres por seis cuartos.

— FIN —

MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5.